



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1181

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 3 DE JUNIO DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg Montmartre, 87.

## USTEDES MANDEN

En una carta que han publicado hace días los periódicos de la corte, piden las señoras que dirigen en Madrid el movimiento en favor de los prisioneros españoles de Filipinas, que la prensa les dé su ayuda.

Súplicas de señoras y por motivo tan justificado como el por qué reclaman, no puede ser desatendida; la prensa nacional está con ellas y se honra mucho en ello.

¿Qué han de hacer los periódicos? ¿Escitar al gobierno para que reclame la liberación de nuestros compatriotas? Ni uno solo ha dejado de publicar sendos artículos encaminados á tan laudable fin; si la situación de aquellos desgraciados es la constante pesadilla de los órganos de la publicidad!

EL ECO se honra contribuyendo á esa campaña, con el pensamiento fijo en los que al otro lado de los mares viven cautivos de gentes soeces, ignorando qué será de los seres queridos que en el bendito hogar esperan antelanzas su regreso, nos sentimos emocionados de modo tan profundo, que hay momentos en que parece que somos nosotros los cautivos y sentimos el tormento moral que sentirán aquellos infelices al verse lejos de la patria, ausentes de la familia, ignorantes de la suerte de ésta y desesperanzados de que tan triste situación se modifique.

Hace un año que viven prisioneros! Hace diez meses que acabó la guerra y continua la prisión! Qué cosas más tristes pensarán de nosotros y como nos acusarán por nuestro olvido!

Eso pensarán de nosotros aquellos compatriotas que les hemos relegado al olvido. Y no hay tal cosa. Si nuestro desdó pudiera condensarse en fuerza impulsiva susceptible de ser aplicada á sus cade-

nas, ha mucho tiempo que estarían rotas; pero el deseo se estreña contra los formalismos, que forman en esta ocasión cadenas durísimas que aprisionan el alma y la ahogan en un mar de hielos.

Se ha intentado seguir varios caminos, pero por ninguno de ellos se ha llegado á la suspirada libertad; y sin embargo, seguimos escribiendo y suplicando, estimulados por el deseo ardiente de llegar de cualquier modo al objetivo.

Tal vez la gestión que intentan las mujeres dé mejor resultado. Ellas piden por sus hijos, por sus esposos, por sus padres; su voz desfallecida por la angustia que sienten, se mezcla con las lágrimas que el dolor arranca de sus ojos; y ante el llanto de la mujer no queda otro medio que rendirse.

A su lado nos tienen. Reclaman nuestra ayuda y se la damos.

A la súplica que nos dirigen solo se nos ocurre contestar:

¿Que hay que hacer?

## CHUCHUBA CÓMICA

Con motivo de los recientes sucesos de Auteil, el gobierno francés ha cerrado, en París, multitud de círculos aristocráticos.

Es lo que dirían Mrs. Loubet y Dupuy:

—Para que un círculo lo sea efectivamente, necesita estar cerrado. Si no, no es círculo.

—Dobres Carolinas misas! Mancoas podrá olvidari!  
—Vehlo que el mundo decia viendo las islas comprar:  
Un ministro.—¿Valen tanto?  
Un alemán.—¿A qué servir!  
Un soldado.—¿Y yo me aguantol!  
Un carolino.—¿A vivir!  
Old England.—¿Para qué nada?  
Los neutrales.—¿Mala estrella!  
Yankilandia.—¿Qué ¡¡¡jinetes!  
Quien vió la tierra.—¿Qué bella!  
¿Y á mí qué?, dicen los menos,

—Vastidiarsol, los dants,  
—Un cesante.—¿A cargo venos.  
—Toda España.—Un rubor más.

El señor conde de Oreste, muy próximo á celebrar su propio centenario, en el tercero de Velázquez estampó la tira, causando al momento sévilfano.  
—Cenoso al Conde con asombro veo...  
—Ya ni en la paz de los republicos creol

Las reclamaciones formuladas ante el gobierno de los Estados Unidos por los súbditos extranjeros, á causa de los daños sufridos en sus propiedades de Cuba, ascenden, las de los alemanes, á 2 millones de pesos; las de los franceses, á 3 millones, y las de los ingleses á más de 5.

Y dirá Mao Kinley, congeñonado:  
—Este pedir pareceme ináddito; de la prudencia el límite han pasado los pedigitillos en tropel maldito, y abusan de este yankee con exceso: ¡yo no puedo cargar con tanto peso!

El embajador inglés, queriendo dar un prebica de esquilna cortésa, siguiendo la misma senda que lo dejaren marchado, por su atención y firmeza, todos aquellos que han representado á Inglaterra en este suelo español, celebran quiso una fiesta donde contentá báñese la sociedad madrileña de la elegancia y el chic; la distinción y la crema.

La familia se celebró, pero antes, según se cuenta, hubo algunas alcoholadas personas de la nobleza, que no querían bailar en las alfombras inglesas, porque el pueblo de San Jorge, en nuestras pisadas guerras, prestó su vallosa ayuda á la estrella la bandera de La Unión. A mi entender, estos rasgos de firmeza van á causar mucha risa, si es que en Europa se enteran; pues en qué tierra pensará que en esta benlita tierra en los dantses tan so o el patriotismo se asienta.

La graciosísima extipie, y actualmente acreditada, estandquera, María Montes, ha sido víctima de un importante robo.

Si cogieran al ladrón, (difícil caso en verdad) con alguna habilidad, del fiscal la acusación, en un discurso brillante probaría fácilmente que contra sí el delincente lleva una enorme agravante. Pues si no estoy trasbordado, cuando el Código del que era más difícil y se encontraba en desdoblado; y si á la Montés robaron el ladrón, con sus poblaciones, su delito perpetraroti.

Está próximo á llegar á España Miguel Bellamy, indeseo representante de los Estados Unidos.

**CRONICA**  
ese noble yankee viene á su vez, y en la última parte, por el acorbas que en el Pato Billaro.

## MEDICINA POPULAR

Consejo á las madres.  
Más, mucho más destructora que las guerras, con serlo éstas mucho; más que esas, opórtimas que están á la humanidad en épocas de borinadas y son castigada la muerte odiosísima del infante cuando el desahogado tráfico que se repara en medidas de los niños se pueden proporcionar pingües ganancias, se procura el fácil sal da en sitios infestados, burlando todo el mundo de vigilancia e introduciendo los en países donde se miran la muerte por el ojo de la aguja, mucho más que estas plagas está mermando y destruyendo en la flor de la vida millones de niños y de jóvenes en la pobreza la tuberculosis, ora atacando el aparato respiratorio, ora agudándose de las envolturas y hasta de los mismos centros nerviosos.

dece y haciendo después general lo que antes era un foco localizado. Si se detuviera un poco examinando las estadísticas de mortalidad, sólo comparando un quinquenio ó aterrorizaría la cifra que arroja tan terrible azote.

De aquí arranjan para exponer unas cuantas consideraciones acerca de la influencia que tiene para el desarrollo de la tuberculosis—tanto en el niño como en el adulto—la desquidada, higiene que tan esencialmente debía preocupar desde el gobernante ó jefe de Estado hasta el de familia; y la principal aplicación de aquella respecto de la aireación y ventilación de las habitaciones, así como de la manera de procurarse alimentación exenta de fatales substituciones y á precios asquibles. Los terribles efectos de la tuberculosis, estarian más atenuados, si los que obedecen sintieran más amor por sus semejantes, procurando velar algo más por la higiene, tan abandonada y pronombrada por la avaricia del que posee, aplicar prácticamente esas medidas de higiene política, que, si tomamos en el fondo, y reduciendo en sus temas, no ha llegado á producir sus efectos deseados en naciones como la española. Nadie me negará que las habitaciones del obrero y de la clase media general, así como la alimentación, son insuficientes, malas y caras. De todo esto podría responderse á la primera necesidad que se apuntamos en uno de nuestros artículos anteriores, es decir, aumentar la resistencia orgánica para que pueda salir airoso de los conflictos patológicos que constantemente le asedian. Pero para llenar una de estas fines, se necesita que por lo menos la capacidad de aire que contengan las habitaciones (alcohas) donde los individuos han de permanecer de 7 á 8 horas, tengan treinta metros cúbicos de aire por hora—suponiendo que sean 7 horas; 30 por 7=210 metros cúbicos de aire—y si se trata de los niños las condiciones de aireación se hacen mucho más exigentes. Ahora bien, ¿cómo se obtiene en España, en las construcciones privadas, ésta y otras imperiosas necesidades para sostener el equilibrio higiénico? Bien sabida, que no. Con cuánta frecuencia tanto en las pequeñas capitales como en las de gran importancia, lo mismo que en los pueblos, os salen al paso individuos de todas edades, pero especialmente niños y

—Hasta mañana, Malegarde.  
Malegarde volvió la espalda á Bizarro.  
—Escuchad, dijo este: vosotros, con un alcalde de casa y corte engañado, con este capitán y estos ginetes, habeis ido á la ermita de la Luz á robar bajo pretexto de prisión á una dama: de seguro, para conducir esa dama á Madrid habrá venido algun carruaje; ¿dónde está ese carruaje?  
—En la venta mas próxima sobre la carretera, contestó el capitán.  
—Bien, dijo Bizarro.  
—Otra pregunta, dijo Malegarde: ¿qué haremos de nuestro pobre señor?  
—Eso es cuenta del alcalde del pueblo y de vosotros: por mi parte, podeis hacer lo queais: yo me redusco á mandar que quiten de aquí ese cadáver para que no lo vea al salir esa dama: ¡lo oís, capitán?  
El capitán mandó á cuatro soldados sacasen el cadáver y le pusiesen detrás de la casa.  
Pommeferre y Malegarde se fueron tras el cadáver.  
—Ahora, capitán, id vos mismo á Taracena y mandad al alcalde que en nombre de su majestad prenda á un tal Marcos Calderon, que está en la posada del pueblo, y le meta en la carcel.  
El capitán partió.

Bizarro entró en el aposento donde estaba doña Esperanza, aun no bien repuesta de su accidente.  
—¿Quién sois? dijo á Bizarro.  
—Un amigo vuestro; tanque no me conocéis: si, amigo vuestro, porque vos no tenéis la culpa de lo que sucede: ¿sabéis lo que se quería hacer de vos?  
—Se me ha arrastrado violentamente de un lugar adonde me había llevado un leal servidor mío, y en el cual estaba encontrarme segura.  
—¿Segura de qué?  
—Segura de un infame que me perseguía, que me vendía; de un hombre á quien yo sé por qué he amado, y que ha pagado mi amor con una traición.  
—Ese hombre ha sido ya castigado.  
—Si, he sabido que ha muerto, y esta noticia ha cesado en mí el accidente que me ha postrado por un momento: ha sido una debilidad, pero ya pasó: no volverá; y vos, ¿quién sois?  
—Puede ser que hayáis oido mi nombre á vuestro criado Lucas Cabezado, que es muy batarrada mio.  
—¿Ah, conocéis á Lucas?  
—Mucho, muchísimo: desde hace muchos años: hemos hecho juntos muy buenos negocios.

—¿Cómo, Lucas Cabezado ha roto por fin el secreto?  
—Si, Lucas Cabezado me ha dicho que soy hija natural del rey don Carlos II, y que los diez mil ducados que hay en oro y alhajas en esa cofrecillo (y doña Esperanza señaló el cofre que estaba en un rincón), son el dote que mi padre me había dejado.  
—¿En qué pruebas se apoyaba Lucas Cabezado?  
—Las pruebas, según él me dijo, estaban en poder del difunto marqués de Castroviejo, y entre sus papeles las encontraré, su heredero, una de las razones que Lucas Cabezado me dio para ocultarme aquí fué la de estar cerca del pueblo de Pozofrio para cuando llegase el nuevo marqués, que aquí está en Asturias.  
—Las pruebas de vuestro nacimiento, dijo Bizarro, no están en la quinta de Pozofrio, entre los papeles del difunto marqués de Castroviejo: las tengo yo aquí.  
—Y sacó la cartera de Mrs. de la Chantierre, y de ella el documento en que constaba de una manera indudable que doña Esperanza era hija bastarda del almirante de Castilla don Juan Tercero, Barón de Cabrera, y la superchería que había hecho creer á Carlos II que doña Esperanza era hija suya.